PARIS Y EL ARTE

El Antiacadémico "Balzac", De Rodin, en Montparnasse

Por CARLOS ESPLA

PARIS, julio de 1939. (Por avión).—¡Extraordinaria aventura la de este extraño monumento que, al cabo de cuarenta años, se planta, como una reparación o como un reto, en el corazón de Montparnasse, "capital del arte maldito"! Pocas obras han encendido las pasiones como este asombroso "Balzac" de Rodin que durante tanto tiempo ha mantenido abierta la eterna querella entre el arte oficial y el arte libre, entre antiguos y modernos. La obra total de Rodin, Rodin en bloque, había quedado ya fuera de esa querella. Había seguido el proceso histórico que convierte a los artistas revolucionarios de una generación en clásicos de la siguiente. Pero en el centro de la polémica inagotable quedaba esa única obra de Rodin: su "Balzac".

RODIN Y LOS JOVENES

Refugiada en el museo de la rue Varenne, atraía a los jóvenes peregrinos del arte que en la postguerra plantaban sus tiendas bohemias en Montparnasse, dispuestos a revolucionar la escultura. La juventud iconoclasta, que hubiera hecho saltar con bombas de dinamita la mayor parte de las estatuas de París, rendía culto, sin embargo, al "Balzac" de Rodin.

La estatua de Balzac, por Rodin, instalada en Montparnasse. Al costado: autorretrato de Van Gogh, vendido por Hitler en Lucerna. Un coleccionista americano pagó por esta obra 175.000 francos suizos

Había en esta fervorosa admiración, la devoción exaltada que inspira la obra genial y el aliento combativo de los jóvenes contra la sanción del vulgo. Para estos jóvenes, "vulgo" eran cuantos han impedido hasta ahora que la obra famosa se levantase por derecho propio en una plaza de París.

Fué Emilio Zola quien encargó la estatua a Rodin. La historia de su creación es maravillosa, y en ella podría estudiarse la lucha desesperada de un genio en busca de su inspiración. Rodin recorrió las tierras de Turena persiguiendo, retratos y dibujos en mano, los orígenes de los trazos físicos de Balzac. Lamartine había dicho que el rostro de Balzac era "un elemento". Ese elemento lo buscó Rodin en la tierra que había sido cuna de Balzac, entre los campesinos y carreteros que fueron sus compañeros de infancia. Así dió forma su inspiración a la cabeza monstruosa, como la obra misma de Balzac. Plantar aquella cabeza sobre un cuerpo de bronce fué cosa de mágia. Lograda la obra extraña, misteriosa, genial, Rodin la exhibió en el Salón de 1898, y fué acogida con burlas feroces. Aquel Balzac que, según Rainer María Rilker, había sido visto por Rodin en "un instante de concentración formidable y de trágica exasperación", resultaba para el París bulevardero de fin de siglo una grotesca caricatura. Rodin retiró su estatua, amargado y orgulloso.

Han transcurrido cuarenta años. París ha fundido en su crisol muchas audacias artísticas. En este mismo Montparnasse, "capital del arte maldito", donde ahora se levanta la estatua de Balzac, se han consumido muchos sueños de arte y han volado muchas fantasías de colores y de ritmos. De todas las partes del mundo han acudido a este cruce de los dos bulevares ilustres —Montparnasse y Raspail— centenares de jóvenes dispuestos a cultivar lo que Hitler, pintor de brocha gorda, ha calificado de "arte degenerado"; es decir, el arte libre. La "Rotonde" de Montparnasse ha sido la capilla de las mayores insensateces y de los ensayos más puros. Los artistas de la "Horde" han extendido hasta el callejón de Notre-Dame-des-Champs, bajo los plátanos del bulevard, la almoneda de sus horrores o de sus aciertos. París lo ha ido fundiendo todo en su crisol, apartando la escoria...

MONUMENTO ATREVIDO

Y un buen día, el propio ministro de Instrucción Pública, rodeado de personajes oficiales, ha inaugurado, al aire libre, la maravillosa y extraña estatua de Balzac, modelada por Rodin. Monumento monstruoso, como es la obra de Balzac; atrevido, como todas las creaciones de Rodin; único en el mundo, como merecía París.

Mientras Hitler convierte en francos suizos las obras magníficas del "arte degenerado" —Modigliani, Van Gogh, Picasso, Gaugin...— que ilustraban los museos alemanes, un ministro francés, con la representación oficial del gobierno, inaugura en una plaza pública de París, la obra típica del arte antiacadémico. Y ello marca el abismo profundo que existe entre dos conceptos de cultura y de civilización. Y, más arras de nuestro tiempo, entre dos sistemas políticos.

Carlos ESPLA.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2d/1012